

## Reflexiones historiográficas

Jesús María FUENTE LANGAS

**A**unque hace bastante tiempo que estoy alejado de los vericuetos de la historiografía navarra, agradezco la oportunidad que se me brinda para acercar mi opinión sobre todo lo relacionado con la historiografía navarra en la época actual.

Debo reconocer que mi primer acercamiento al mundo de la historia fue en mis años jóvenes, cuando estudiaba la EGB, al darme cuenta de que me gustaba leer los manuales y algunos libros que sacudieron mi interés por una disciplina que me empezó a entusiasmar.

La historia que me gustaba en esos momentos era la típica historia tradicional, centrada en acontecimientos políticos, grandes batallas, biografías de personajes ilustres; una historia denostada en otros círculos intelectuales, pero que a mí me sedujeron de tal manera que hice el propósito de estudiar, si era factible, dicha carrera en el futuro.

Cómo no reconocer con gratitud la labor desempeñada por profesores que contribuyeron a aumentar mi afición por esta disciplina, como Santiago Lasaosa, Hilarión Villanueva y, ya en el bachillerato, a Merche Manero, que me abrió los ojos a un mundo tan apasionante como la historia contemporánea, la cual era prácticamente desconocida para mí, especialmente la universal.

45

Ya en la Universidad de Navarra, donde estudié la carrera, me siguió interesando muchísimo la historia contemporánea tanto de España como universal, mientras perdían interés otras épocas que me atrajeron en mis comienzos como lector de libros de historia, como la historia medieval. Aquí, aunque es posible que cometa la injusticia de olvidarme de algunos, quiero destacar a profesores como Alfredo Floristán Imízcoz, Valentín Vázquez de Prada, Cristina Diz-Lois y, sobre todo, Ignacio Olábarri Gortázar, que guió mis primeros pasos en el mundo de la investigación histórica. Daban las asignaturas que más me interesaban, sin menoscabo del mayor o menor interés por otras materias de la especialidad.

¿Cuál es la metodología o el modelo teórico adecuado a la hora de exponer o publicar las investigaciones históricas de Navarra o de cualquier sitio? Esta cuestión siempre me ha llamado la atención. Todo lo que contribuya al conocimiento de nuestro pasado, hecho desde el más escrupuloso rigor, es suficientemente válido para ser tenido en cuenta. Guste o disguste, lo fundamental en historia es el documento, la base o matriz de toda investigación que se precie.

A partir de ahí, el historiador hará prevalecer, en función de sus gustos personales o de las posibilidades de la investigación, los acontecimientos de tipo político, social, económico, demográficos y un largo etcétera. Frente a etapas de predominio político, sucedidas por otras que basculaban hacia los conflictos sociales o la evolución económica, lo ideal es aglutinar

todas las facetas que nos permita acercar a los lectores el conocimiento más completo de un determinado periodo histórico.

Esto resulta muy válido y eficaz en las obras generales, como Historia de Navarra, de España, por citar dos ejemplos, incardinando adecuadamente todas las materias susceptibles del conocimiento (política, sociedad o economía, por citar las más clásicas) y procurar no dividir las en compartimentos estancos. Esto no significa que descuidemos los trabajos de investigación referidos a temas concretos, independientemente de su especialidad, ya que, reitero, todo lo que contribuya a un mayor conocimiento de nuestra historia redundará en algo positivo, aunque discrepemos de sus resultados.

Navarra ha sido, es y será un campo abonado a la historiografía debido a sus peculiaridades intrínsecas. Cuando comencé en estos embates historiográficos, lo primero que me sorprendió —y a veces pienso que la situación permanece invariable— es que las distintas asociaciones o sociedades que fomentaban la investigación histórica en Navarra transitaban la una de espaldas de la otra, como si asistiéramos a la típica película de “buenos” y “malos”, como si unos fuéramos oficiales y los otros vanguardistas. Unos buscando una defensa identitaria de Navarra, promoviendo estudios encaminados a resaltar los aspectos políticos o jurídicos, mientras que otros acercaban las investigaciones a sus postulados al otorgar una prioridad a sus estudios sociales, sin descuidar investigaciones en la búsqueda de otra identidad para Navarra.

**46** Aunque cada persona es muy libre de encauzar sus investigaciones como lo estime oportuno, no cabe duda de que dichas organizaciones —llámense Sociedad de Estudios Históricos de Navarra o Instituto Gerónimo de Ustáriz, por citar dos muy conocidas en nuestro ámbito—, amén de otros investigadores ajenos a ambas asociaciones, que contribuyen al conocimiento de nuestro pasado, pero sería fantástico que en alguna ocasión, por ventura, —quien sabe si el año que viene con ocasión del v centenario de la conquista e incorporación de Navarra a la corona de Castilla sería una oportunidad para que en un gran Congreso hubiese una plasmación de las investigaciones sobre este acontecimiento— y no, como me temo, otras entregas meritorias, pero cada uno por su lado.

La historiografía navarra ha atravesado por diversas pautas a lo largo del tiempo. Si durante décadas la historia medieval abarcó casi todo el afán investigador en un intento de resaltar la condición del Reino de Navarra, acercándonos los momentos culminantes, mientras que otros periodos históricos quedaban relegados, en las últimas décadas el impulso que ha recibido la historia moderna y, sobre todo, contemporánea de Navarra ha sido impresionante. No cabe duda de que diversas etapas de nuestro pasado histórico continúan acaparando el interés de los aficionados por la lectura de la historia, tales como los orígenes del reino de Pamplona, la mencionada conquista e incorporación de Navarra a Castilla, la conversión del Reino de Navarra en provincia y la polémica suscitada por la Ley de modificación de Fueros de 1841, la sempiterna discusión y alcance de las vías estatutarias promovidas durante los primeros años del siglo xx y, en especial, durante la Segunda República, o nuestra fatídica Guerra civil con todas sus consecuencias.

Al mismo tiempo, otros historiadores e historiadoras han contribuido a resaltar otras etapas olvidadas o que no habían encontrado el eco o interés adecuados. De ahí que resulta una tarea ardua y compleja mencionar qué obras históricas son imprescindibles y deben estar en las estanterías de cualquier biblioteca pública. ¿Qué es una obra imprescindible? A nadie se le escapa —y esa es la opinión prácticamente unánime de todos los historiadores navarros— que los *Anales* del Padre Moret, continuados y concluidos por Aleson, son por sus características históricas obras imprescindibles en toda biblioteca que se precie. Otra cosa es si la persona que se acerca a una biblioteca consulta con frecuencia o no dicha obra u otra. Navarra dispone de suficientes obras históricas de carácter general, de revistas especializadas —cómo no destacar a la Revista *Príncipe de Viana*— de gran calidad que han abarcado todos los periodos más interesantes de nuestro pasado. Por poner otro ejemplo, nadie discute que la obra de Julio Caro Baroja, *La hora navarra del siglo XVIII*, resulta imprescindible por el interés que despierta el estudio de una etapa prácticamente desconocida de la historia navarra y porque abre caminos que otros historiadores pueden aprovechar. Y como él, al margen de calidades literarias, tantas y tantas obras históricas, sin olvidar obras centradas en el estudio de instituciones peculiares de Navarra, como, por poner un ejemplo, la Cámara de Comptos, a la que tantos años dedicó M<sup>a</sup> Cruz Mina.

Otra cuestión que toda biblioteca debe cuidar es que el lector interesado pueda encontrar las diversas —dentro de un orden donde el rigor predomine y no la intencionalidad— interpretaciones que han realizado sobre un acontecimiento concreto y así poder juzgar estas obras. Al margen de polémicas que están en la historia navarra, la conquista e incorporación de Navarra a Castilla ha merecido, como es natural, la atención de los historiadores. Entiendo que cada lector debe acercarse sin prejuicios, no hacia una obra que sea de su agrado ideológico, sino de aquella que, por el manejo de abundantes y contrastadas fuentes documentales, desemboque en un trabajo historiográfico riguroso. En este aspecto incluiría obras como las de P. Boissonnade, E. Ramírez Vaquero, A. Floristán Imízcoz, J. M. Jimeno Jurío o la reciente de P. Monteano, por citar a cuatro autores y sin desmerecer el trabajo realizado o a punto de realizar de otros.

47

Más que imprescindibles, resulta necesario que en una biblioteca pública figuren no sólo autores de obras sobre periodos cuyas divergentes interpretaciones persisten, sino las obras de otros historiadores o historiadoras que han llenado lagunas historiográficas largo tiempo desatendidas. Por eso más que obras concretas, me gustaría acercar el nombre de los periodos históricos, así como el de historiadores que se han ocupado de ello, en un momento en que la historiografía navarra ha vivido momentos de gran esplendor en las últimas décadas. La referencia, por dicho motivo, ha de ser necesariamente incompleta, pero realizada con la satisfacción de que la historia de Navarra en todos sus ámbitos y épocas, a pesar de las dificultades actuales, prosiga su curso y su afán por descubrir nuestro pasado.

Lamento reconocer que no me ha interesado mucho la historia antigua de Navarra y sería una insensatez por mi parte mencionar algo de lo que estoy despegado. Con respecto a la historiografía de la Edad Media en Navarra, además de los libros mencionados más arriba, no cabe duda de que el libro de José María Lacarra se ha convertido en un clásico que figura o debe

figurar en cualquier biblioteca. Esta etapa histórica está bastante bien estudiada gracias a las contribuciones generales o especializadas de historiadores como Ángel Martín Duque, Juan Carrasco, Luis Javier Fortún y, muy especialmente para la Baja Edad Media, la profesora Eloísa Ramírez Vaquero ha contribuido de manera eficaz al esclarecimiento de esta turbulenta y decisiva etapa de nuestra historia.

Ya se ha mencionado la impronta historiográfica de los comienzos del siglo XVI con la conquista e incorporación de Navarra a la corona castellana, y se han citado algunos autores caracterizados por la diversidad de interpretaciones de una etapa que ha despertado y despertará pasiones a los estudiosos de la misma. El resto de la Edad Moderna palidece en el interés historiográfico, aunque poco a poco, gracias a los estudios de Jesús M<sup>a</sup> Usunáriz o Fernando Mikelarena, entre otros historiadores, van saliendo a la luz obras de una etapa que permaneció en tinieblas mucho tiempo. Incluso el siglo XVIII, tan decisivo para nuestro devenir histórico, transita con dificultades en el interés de los historiadores navarros, con la gran excepción de la mencionada obra de Caro Baroja. Conviene destacar la presencia de historiadores o eruditos que han realizado obras de divulgación histórica, centrándose más en aspectos costumbristas o populares, como el caso de José Joaquín Arazuri y, sobre todo, de Juan José Martinena.

48

Dejada de un lado durante demasiado tiempo, la historiografía contemporánea de Navarra ha alcanzado unas cotas de interés desconocidas, cuando no despreciadas, hasta hace pocas décadas. Los trabajos realizados por numerosos profesores y/o investigadores han permitido acercar al lector todas las etapas de nuestra historia contemporánea. Aunque cometa alguna injusticia, hay que agradecer las obras de historiadores como Ángel García-Sanz, Víctor Manuel Arbeloa, Emilio Majuelo, María del Mar Larraza, Francisco Miranda, Javier Caspistegui, José Andrés-Gallego, A. Pascual Bonis, entre otros.

Y sin olvidar a quienes, desde otras perspectivas, hemos contribuido a colmar esas lagunas historiográficas que han contribuido a conocer mejor nuestro pasado. Así destacaría a Sagrario Martínez Beloqui y su tesis esencial sobre la evolución del régimen foral a lo largo de buena parte de siglo XIX; o los estudios de J.M. Donézar sobre la desamortización de Mendizábal y sus consecuencias en Navarra; o la obra de Eduardo González Lorente sobre la evolución de Pamplona durante el Sexenio Revolucionario; o la contribución de quien esto suscribe sobre la Dictadura de Primo de Rivera en Navarra. O los estudios cada vez más apreciables sobre la dictadura franquista y la transición política, de la que se encuentran obras de indudable interés.

Son obras absolutamente prescindibles en la medida en que el lector pueda estar más o menos interesado en ellas, pero sí no imprescindibles, sí con el empaque suficiente como para merecer un hueco en las estanterías de las bibliotecas públicas de Navarra. Todos contribuimos al conocimiento de nuestra historia, única razón de ser de nuestra labor investigadora pasada, presente y futura. A todos y todas que han contribuido a esa finalidad, sencillamente, ¡Muchas gracias!